

CRISIS

POR

DEPLORATUS

Cruzó la calle por donde no debía y a punto estuvo de ser atropellada por una furgoneta de reparto. Tiró con sus pocas fuerzas del carro de la compra que arrastraba y, cuando pisó acera segura, respiró todo lo profundamente que podían soportar sus castigados pulmones. Más que el susto, originado al encontrarse de pronto frente al vehículo, le afectaron los insultos que le había proferido el joven conductor. El grito de ¡vieja estúpida! le produjo un desasosiego tan grande y una impotencia tan atroz que a punto estuvo de echarse a llorar de rabia.

A pesar de su edad no adolecía de grandes achaques físicos, pero su cuerpo sufría los estragos del tiempo y de una vida un tanto disipada. En su espalda portaba una joroba bastante prominente donde había acumulado, no solo el peso de las muchas responsabilidades de su vida, sino todas las secuelas morales de sus desgracias. Sus escuálidas y deformadas piernas parecían dos sarmientos de vid formando una arcada ojival. Su rostro, surcado de infinidad de arrugas, manifestaba toda la carga existencial que tenía que soportar en esos momentos.

Volvió con sus pensamientos al hecho ocurrido con la furgoneta hacía unos momentos y tembló de ira al recordarlo. “Tenía que haber sucedido hace treinta años y hubiera visto con quién trataba ese miserable”, dijo para sí. Rumiando un sinfín de improprios continuó arrastrando su pesar por las estrechas calles, sucias y malolientes, de edificios descoloridos, en busca de las cenizas de su pasado, donde, en este momento, el destino le obligaba a malvivir.

Su actual hogar era un pequeño y deteriorado tercer piso, sin ascensor y con unas escaleras insufribles, compartido con un marido enfermo, aquejado por las consecuencias de un ictus sin posibilidad de total recuperación; y por un hijo de edad madura, vago y aficionado a todo tipo de drogas, fruto de un aledaño pasado libertino y sin control.

“No debimos sucumbir al extraño canto del dinero”, pensó. “Todo hubiera sido más fácil para nuestra familia si en vez de crecer desmesuradamente, de un día para otro, hubiéramos sido más comedidos”.

A la par que caminaba, en la mente de la mujer se iban agolpando sus recuerdos. “Todo lo dirigí yo. Soy la única culpable. Desde una pequeña empresa familiar, me encumbré a lo más alto. ¿Especulando? Sí. Saltándome la ley muchas veces, aunque siempre de la mano de personas que pertenecían a la élite del poder político, arropada por gentes sin escrúpulos. Todas ellas con un amor desmesurado por el dinero. Mi marido siempre aceptó todas mis operaciones por muy oscuras que éstas fueran. Yo era la experta y él un trabajador dócil que se enteró de algunas de las trampas cuando ya era demasiado tarde; y ¡qué caro lo pagó el

pobre! Cuando todo se torció, su cabeza no lo pudo resistir y le saltó en mil pedazos, cayendo en un gélido silencio que perdura hasta el día de hoy”.

”En nuestro pequeño negocio de antigüedades teníamos clientes ricos y bien situados. Guiados por la mano experta de uno de nuestros asiduos, entramos en el negocio de la construcción. Ayudados de informaciones privilegiadas, empezamos a ganar mucho dinero”.

”Por entonces, surgió en mi vida la cálida simpatía del concejal de urbanismo de la ciudad. Enseguida conectamos y tuvimos una estrecha relación cargada de confianzas, que dieron pie a una colaboración fructífera: el concejal informaba y nosotros hacíamos los negocios inmobiliarios. De esta manera tan ‘inocente’ conseguimos que nuestras arcas rebosaran de dinero, a pesar de que lo gastábamos sin medida. Como consecuencia de este despilfarro, mi hijo dejó sus estudios y se dedicó a vivir la vida de manera licenciosa. No había ningún problema, ya que el dinero daba para todo y el porvenir estaba resuelto. No era necesario ser un académico para aprender nuestro oficio, solo se precisaba dinero y buenas amistades”.

”Para poner a buen recaudo nuestros beneficios, empezamos a realizar viajes de placer a países caribeños como simples e inocentes turistas, pero entre nuestros equipajes se escondían fajos de billetes de quinientos euros, camuflados entre un sinfín de objetos de uso común. Nadie sospechó nada, y los viajes fueron distanciándose con la frecuencia justa para que no se pudiera recelar de nuestros verdaderos propósitos. En varios países disponíamos de sociedades, a cuyo frente pusimos a un hombre de confianza (en realidad un testaferro). Estas compañías tenían total libertad para depositar nuestro dinero en el banco que más conviniera”.

”Nuestra codicia fue tan desaforada, que venció a nuestra prudente reserva y empezamos a comportarnos de manera inconsciente. Cambiamos nuestra cómoda vivienda por un grandioso chalé en una urbanización de lujo. Llegamos a tener impresionantes casas en la playa y en la montaña. Organizamos fiestas, a la vista de todos, ya sin ninguna aprensión, a las cuales asistían personalidades de la política, bajo cuya protección se podía seguir especulando y haciendo caja. Para nosotros el negocio era redondo”.

”Todo funcionaba bien. La inversión inmobiliaria seguía por buen camino. Nunca pensamos que de la noche a la mañana fuera a derrumbarse todo con semejante estrépito. Nuestro primer tropiezo fue ocasionado por un cambio inesperado de gobierno en el Ayuntamiento. Los concejales amigos tuvieron que retirarse a sus *cuarteles de invierno* y dar paso a otros nuevos que, aunque de ideología distinta, esperábamos un comportamiento

similar al de los antiguos regidores. Para nuestra desgracia su obsequiosa amistad fue concedida a personas ajenas a nosotros. Y no solo eso, se empezó a sospechar de nuestros pasados negocios. Se nos investigó y, después de largas querellas e interminables enjuiciamientos, me condenaron (solo a mí, ya que aparecía como titular de las empresas) por fraude fiscal, aprovecharme de informaciones privilegiadas y pago de comisiones: ¿A quién se pagaron? No se indagó. De tal manera, que los políticos amigos y testaferros se fueron de *rositas*. Dos años de cárcel fue la condena que pagué a la sociedad por ser demasiado confiada. La cancelación de la deuda tributaria más las multas correspondientes, acabaron con gran parte de nuestros bienes y la quiebra de nuestras empresas”.

“Nuestra ruina total sobrevino cuando nuestros dineros del exterior, que habían quedado indemnes de nuestro proceso de purga, depositados en bancos caribeños, desaparecieron, debido a la falta de control sobre ellos, durante el tiempo de zozobra carcelaria. Los testaferros nos despojaron de todo nuestro capital”.

“En poco tiempo, las desgracias se cebaron con nosotros. Mi marido no pudo resistir tanto infortunio y sufrió un ictus severo del que no se ha recuperado. Yo, después de muchos años a punto de perder la cordura, he tenido que sobreponerme para poder cuidar de mi hundida familia y seguir adelante. De mi hijo, mejor no digo nada, ya que es un ser inútil del que debo cuidarme para que no robe la pequeña pensión que aún tenemos y se la gaste en cualquier tipo de droga. No pernctamos en la calle gracias a la idea romántica de no deshacernos del primer piso donde vivimos nuestros amores jóvenes”.

“No fuimos precavidos. ¡Todo era tan maravilloso y fácil! Ahora malvivimos en un piso ruinoso, en la zona más degradada de la ciudad, acorde con nuestra sórdida vida, escuchando la soledad sonora de nuestro lamento”.

Al terminar su recordación, los ojos de la mujer se anegaron de lágrimas.